Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

69 Fenomenología de la lealtad



Suplemento especial de
Página|12

CÁMPORA, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Aunque la consagración de Cámpora como candidato era la más cristalina, la simple, la evidente, la gente de Rucci decidió patotear el congreso en que la fórmula (manejada por el secretario del Movimiento y el hombre en quien Perón había delegado la tarea, Juan Manuel Abal Medina) sería enunciada. Los enfrentamientos prenunciaban la dureza de lo que vendría. Rucci se aparece con su patota, con su toda su *pesada*. Este hombrecito enjuto, fibroso, era un guerrero temible. Su odio a los "zurdos" (palabra que salía de su boca decenas de veces a lo largo de un día) podía llevarlo a perder el control con excesiva facilidad. Llega al congreso y Abal Medina, que si bien tiene 27 años es uno de esos escasos personajes que ignora qué es el miedo, sobre todo el miedo físico, se le acerca con serenidad. Rucci dice:

–Nos vamos a pelear.

Abal le entrega una respuesta notable:

–¿Por qué? Si somos amigos.

Una gran respuesta "peronista". Somos todos amigos en el peronismo, somos todos soldados del mismo conductor, seguimos la misma causa, lo bueno para uno es bueno para todos. Y, casi metiéndole la trucha en la oreja, murmurando pero advirtiendo severamente, agrega otra joya del peronismo:

–Miren que tenemos más gente y más fierros. Si entran van a perder y va a ser un desastre para todos.

Miren que tenemos más gente y más fierros. Sólo la interna de este congreso justicialista daría para trazar, desde su entraña, un diseño del siempre latente caos peronista, que es el siempre latente caos de la Argentina. La patota de Rucci se retira ante una orden del petiso bravucón, que sale mordiendo puteadas y sobre todo puteando al pendejo ese, ese Abal Medina que puso Perón, que es un zurdo de mierda y hermano de un guerrillero, nada menos el que lo boleteó a Aramburu. Pero Abal se le reúne en un bar de la calle Charcas, en una esquina, y ahí negocian. Lo que Rucci no puede dejar de aceptar es lo que Abal Medina le restriega una y otra vez por su impecable cara de orto: "A Cámpora lo puso Perón. Y en el Movimiento lo que rige es el principio de *verticalidad*. Sin *principio de verticalidad* no hay Movimiento". Rucci se manda a guardar, él y la patota. Abal Medina regresa al congreso. Hay un comunicado de Perón. Acaba de llegar. Insiste en que él no quiere ser candidato y en que se sigan las instrucciones "del compañero Abal Medina". La bronca de Rucci es porque ve en Abal Medina a un socio político de la Jotapé. Ese respaldo de Perón expresa lo que el Jefe hacía en ese momento. Darle dinamismo al ala dura. Se venían momentos de gran activismo, de movilización intensa y eso lo garantizaría la juventud. Rucci, Miguel y Coria tenían demasiados intereses que cuidar y muchos de ellos estaban mezclados con los del régimen. Ni hablar los de Coria, conciliador de alma.

La cuestión es que en la madrugada del sábado 23 de diciembre el secretario general del Movimiento Justicialista, que lo único con que contaba era (lo que no era poco) con la bendición del "sabio dedo" del general, proclama en el congreso:

–Propongo como candidato a la presidencia de la República al compañero don Héctor José Cámpora.

LA LEALTAD Y LA FIESTA DEL TRABAJO

¿Qué hora es, Camporita? Es la hora de Cámpora. A partir de ese momento se transforma en "el Tío". ¿Qué viene después de un Padre? ¿A quién se recurre si el Padre no está? Al "Tío". Cámpora es el Tío y es el hombre más leal al Padre. La sinonimia Cámpora-Lealtad queda establecida. Trabajemos, entonces, ese concepto: el de *lealtad*, central en el peronismo, ideológica y organizativamente.

La juventud peronista (sobre todo a partir de su estructuración como *Tendencia Revolucionaria* o *Juventud Peronista Regionales*, es decir: a partir de la hegemonía de Montoneros) introduce en la historia del movimiento una novedad absoluta: *la negación del concepto de lealtad*. Que puede ser tanto el de traición como el de desobediencia. Es, en todo caso, el de no obedecer los lineamientos del líder. El de enfrentarlos. Este acontecimiento se produce abiertamente el 1° de mayo de 1974, en la plaza pública, en el clásico espacio de reunión *identitaria* del peronismo. Los Montoneros, ese día, van a quebrar esa identidad. Tiene que haber sido sorprendente para Perón. Nadie lo cuestionó durante sus primeros nueve años de gobierno. La "lealtad" funcionó impecablemente. Luego, durante la etapa del exilio, se podrían mencionar los intentos del *neoperonismo* vandorista. Del peronismo sin Perón. Sólo tenues balbuceos comparados con los insultos de Montoneros. Vamos a partir de aquí: del *insulto*. No es posible imaginar mayor deslealtad que la desobediencia seguida de la agresión verbal. Hay una consigna que se vocea el 1° de mayo de 1974. Se cita poco. O no se quiere citar o no se cita como es. Aquí entramos siempre en un campo conjetural. El de los "poseedores de la verdad". Como somos todavía demasiados los que estuvimos presentes en determinadas coyunturas decisivas del '73/'74 (etapa sobredeterminada, complejísima, dolorosa, trágica, plagada de cadáveres) se producen algunas controversias acerca de qué decía tal o cual consigna. Sobre las más conocidas del 1° de mayo hay acuerdos acerca de casi todas. Pero la más agraviante, la que algunos se niegan a creer cuando hoy la escuchan es la que tiene, hasta donde yo sé, dos versiones. Dicté, en 2007, un curso bajo el título de *Qué es el peronismo*. Había varios viejos militantes, con sus historias, con sus amigos muertos, con el terrible fracaso generacional a cuestas. *Habían estado en todos lados*. El argumento "yo estaba ahí" lo esgrimían toda vez que levantaban la mano para opinar. Yo siempre propongo que las preguntas se hagan durante los últimos 15 minutos de la clase, así puedo desarrollar los temas preparados. Aquí fue imposible. Varios me corregían una palabra de una consigna: "No, no era así. Era...". Y decían la palabra que ellos recordaban. Una especie de competencia con el profesor: quién tenía más calle en la militancia o recordaba todo indeleblemente por haber estado ahí. Era absurdo e injusto con la mayoría de los alumnos, que eran jóvenes y que habían ido a escuchar al profesor y hasta habían pagado por eso. Todos lo saben: en toda clase o conferencia está el profesional en levantar la mano y preguntar. Raramente pregunta. Lo habitual es que exponga lo que él piensa y al final uno tenga que preguntarle qué quería preguntar. Bueno, son gajes del oficio. En este curso, en la clase sobre el choque entre Perón y la Tendencia Revolucionaria, las cosas salieron un poco de cauce. Parece que hubo un diálogo en que un asistente al curso me dijo que a mí me molestaba que interrumpiera (lo cual era evidente, ya que había pedido que se hicieran las preguntas 15 minutos antes de terminar, algo que no es un capricho: las preguntas intempestivas perjudican la elaborada exposición de las ideas y volver al punto central es, con frecuencia, imposible) y me han dicho, porque yo no lo recuerdo (supongo por este dato la bronca que tendría) que le di una respuesta poco académica: "No, a mí no me molesta que interrumpas. Les molesta a tus compañeros que, aunque te duela, no vienen a escucharte a vos. Pero a mí no me molesta. Francamente me rompe las pelotas". En fin, todo fue caótico durante unos minutos hasta que retornó la calma. Fue fácil hacerlo. Apelando a que –ese 1° de mayo– se jugaban en esa plaza dos concepciones de la verdad desarrollé largamente el concepto de verdad en Nietzsche y en Foucault. Silencio total. Nadie "rompió las pelotas". Nadie sabía un pomo. Pero sobre el peronismo todos saben todo. Todos son grandes peronólogos. Todos estuvieron "ahí". Todos fueron protagonistas o leyeron cosas que nadie leyó o tienen versiones secretas que nadie conoce. La disidencia fue en torno de una consigna que larga la Tendencia y que injuria a Perón en grado extremo. Los montos ya lo habían desobedecido al levantar sus pancartas, sus banderas. Se había pedido: "sólo la bandera argentina". Después reniegan del contenido que el líder le quiere dar al acto. *Que es el tradicionalmente peronista*. El 1° de Mayo es, para el peronismo, *la fiesta del trabajo.* Esto tenía coherencia durante el primer gobierno, durante los años dorados del distribucionismo, de las conquistas sociales. Y es parte esencial de la *identidad* del pueblo peronista. Se iba a la Plaza de Mayo no a luchar. No se seguía la tradición de lucha de los mártires de Chicago. *La clase obrera peronista del '50 era feliz*. El Día del Trabajador era un día de fiesta porque los trabajadores estaban contentos con Perón, con Evita y con el generoso Estado Peronista. Nada lo expresaba como la marcha que cantaba Hugo del Carril: "Esta es la Fiesta del Trabajo/ Unidos por el amor de Dios". El peronismo que Perón proponía en 1974 era un peronismo congelado en esa etapa. No en vano había hablado de la *etapa dogmática.* Que los Montoneros vayan a la Plaza y griten: "No queremos carnaval/ Asamblea Popular" es de una incomprensión grave sobre el movimiento en que quieren estar. No, señores. El 1° de Mayo es, si ustedes lo quieren, Carnaval. ¿O no lo cantaba Alberto Castillo? "Por cuatro días locos que vamos a vivir/ Por cuatro días locos te tenés que divertir." (*Nota*: La mejor película antiperonista, que se ubica entre el final de la Libertadora y los inicios del frondicismo, es *El Jefe*, con un guión de David Viñas que encara una crítica desde la izquierda. Hábilmente toma esta tonadilla de Castillo para definir al peronismo. Un carnaval. Cuatro días locos. Una fiesta. Un jefe mentiroso y débil que abandona a los suyos. El peronismo como una enorme impostura.) Bien, de acuerdo: esto es una fiesta, la fiesta del trabajo, el carnaval feliz de los trabajadores. Todos están felices porque vienen a la plaza a decírselo a Perón, a decírselo a Evita. Esa es la *lealtad*. En el punto 74 del documento de la Comisión de la Revolución Libertadora, *Nadie hizo más que Perón,* se habla de "La medalla de la Lealtad Peronista". Se dice: "Instituyó la 'medalla de la lealtad peronista' para premiar la delación y la obsecuencia". Quédense tranquilos: si alguna medalla se han de ganar los Montoneros no será la de la *lealtad peronista.* Ocurre que no quieren un pueblo feliz. Quieren un pueblo revolucionario.

VEA, VEA, VEA, QUÉ FLOR DE PELOTUDOS

En 1974 era comprensible, tomando el punto de vista de las tendencias de la época, que se pidiera eso, pero sólo un poco, sólo apenas comprensible, porque ya habían pasado los tiempos revolucionarios y la cautela era necesaria. Cualquiera habría debido ver –*luego del golpe en Chile, de la masacre de Pinochet, de la participación evidente de la CIA*– que era necesario poner las barbas en remojo. Y acaso lo más grave es que –en un movimiento como el peronista, que tiene un líder que ejerce la indiscutida jefatura y es el conductor estratégico amado por el pueblo, que le es *leal*– hablar de *asamblea popular* es risible. Es un disparate. ¿De dónde sacaron eso de Asamblea Popular? Pero, ¿quiénes se creían como para pedirle a Perón una Asamblea Popular en la Plaza de Mayo? ¿Quiénes iban a deliberar? ¿Perón desde el balcón y los conductores de "la Orga" desde la Plaza? ¿Perón y el pueblo peronista? El *único diálogo* que se dio en la Plaza del peronismo fue el de Evita y su pueblo –desesperado por conseguir su candidatura a la vicepresidencia– el 9 de julio de 1951. *Nunca hubo otro diálogo*. Salvo alguna respuesta de Perón. La más famosa: "Piden leña, ¿por qué no empiezan a darla ustedes?". Pero ya trataremos esta cuestión del acto "de la ruptura" en su debido momento. Por ahora: el quiebre de la *lealtad*. Y además, el agravio. Cuando Isabel –anunciada por Antonio Carrizo– se dispone a coronar a la reina del Trabajo, los insultos de la Tendencia son potentes, sostenidos. Y en medio del discurso de Perón se recurre a la más dura, la más ofensiva de las consignas. Tiene una peculiaridad notable. Es una consigna autocrítica. Los Montoneros se autocalifican como *pelotudos*. Está bien armada. Es así: "*Vea, vea, vea/ qué flor de pelotudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo*". Hay otra versión que dijo uno de los infaltables de mi añorado curso del 2007: "Vea, vea, vea, qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo". Le dije que no era así. Que era la que la que yo decía. Que jamás los Montoneros dirían que votaron a "una muerta" porque, en principio, era un disparate: jamás votaron a Evita. Y porque Evita, para ellos, vivía "en cada combatiente" (*Evita/ presente/ en cada combatiente*). El hombre insistió en afirmar la exactitud de su versión y finalmente dio el fundamento de su "verdad": "Yo estaba ahí". Según parece (me han dicho) yo le dije: "¿Y dónde mierda creés que estaba yo? ¿En el living de mi casa?" (Creo que, al final de ese curso, pedí disculpas por "algunas intemperancias", pero hubo, en verdad, un par de personajes intolerables.) Aquí, el criterio de verdad no puede ser reducido al hecho de haber estado ahí. Yo no escuché la otra versión. Galasso, sin embargo, la da ("votamos una muerta, una puta y un cornudo", que tiene también la inexactitud de restarle el "a", dado que lo que se voceó fue "a una puta/ a un brujo y a un cornudo") pero la extrae de un libro de Andrew Graham-Yool (*De Perón a Videla*). Creo que la consigna que menciona a "una muerta" no tiene sentido político alguno. ¿A qué "muerta" votaron? Acaso hay algo que se me escapa. Pero digo esto sólo para simular modestia. Porque lo de la "muerta" no lo veo ni cuadrado. El trío perfecto que torna "pelotudos" a quienes los votaron (o sea, a los Montoneros) es el trío demoníaco con el que Perón vino al país y que pesará sobre él por toda la eternidad, o por el tiempo que la "eternidad" dure. El trío es el del Brujo, el de Isabel y el de Perón. Que Isabel es "la puta" no es necesario demostrarlo. Se refieren a ella. Pero no por su pasado de cabaretera. No, la idea más precisa es que "la atiende" el Brujo. Que el Brujo hace con ella lo que quiere, también sexualmente desde luego. Lo cual transforma a Perón en "un cornudo". Todo cierra. La consigna tiene coherencia, fuerza y una justeza interpretativa que deberá ser rebatida duramente para doblegarla. Sin embargo, debemos analizar más hondamente la "otra" consigna. Su posibilidad surge de la iconografía utilizada durante la campaña electoral del '73. Se veía la gran cara de Perón, la de Isabel y algo atrás, como iluminando, la de Evita. Puede ser. Yo no la oí. Oí la otra. Tal vez se cantaron las dos. Entonces: ¡guarda, algo más pasó el 1° de Mayo! Si Evita es sencillamente "una muerta", si Evita ya no está "en el corazón" de los militantes (*Con el fusil en el hombro/ y Evita en el corazón*), si Evita ya no está *presente* en cada combatiente, entonces Evita ya no es montonera, Evita está muerta y no puede ser nada, ni siquiera conjeturalmente ("si Evita *viviera*"). Si esto fuera así, los Montoneros, ese día, habrían roto sus vínculos, no sólo con Perón sino también con Evita. Nada podría ligarlos ya al peronismo. Ni siquiera el "pueblo peronista", porque la fe de ese pueblo se canaliza en Evita y en Perón. El costo del "entrismo" fue precisamente ése: *creer en lo que el pueblo creía.* Es la esencia del populismo. Ir hacia el pueblo y aceptar sus creencias. El entrismo de la izquierda peronista fue distinto: *Vamos hacia el pueblo, aceptemos sus creencias y, por medio de la actualización doctri-*

naria, hagamos de esas simples creencias una ideología revolucionaria, incorporándolas al socialismo, por más "nacional" que sea. Pero, si con Perón nos peleamos (abandonamos *su* plaza) y Evita está muerta, el entrismo también ha muerto. Ahora –*y quiero resaltar la importancia de este dato*– los Montoneros devienen *alternativistas.* Y muy pronto –a partir de su militarización– no serán ni eso. Dejarán de ser "peronistas" y serán sencillamente Montoneros. El *Ejército Montonero*. La perfecta culminación político-conceptual de la *orga-aparatista*.

La "bronca" histórica por el Brujo y por la Chabela ha ido creciendo. Siempre fue visible que esto caería sobre Perón. Primero se lo atribuyó a sus debilidades de viejo, de anciano. Pero eso dejó de funcionar. Tenemos mucho tiempo para llegar a una posición definitiva acerca de tan ríspido problema. La cuestión es que la consigna que se largó esa tarde en la plaza (aunque no haya sido la hegemónica, la más voceada) es, desde luego, durísima: "*Vea, vea, vea/ qué flor de pelotudos/ votamos a una puta/ a un brujo y a un cornudo*". O la otra: "*Vea, vea, vea/ qué manga de boludos/ votamos a una muerta/ a una puta y a un cornudo*". Eso, a Perón, se lo gritó en la jeta la Tendencia Revolucionaria. Una *deslealtad* inimaginable. El colmo de la deslealtad. La deslealtad absoluta. ¿La traición? Si el otro rostro de la lealtad es la traición, ¿traicionó la Tendencia a Perón el 1° de Mayo? Y si el líder (en un movimiento de ida y vuelta) debe ser "leal a los anhelos de su pueblo", ¿fue entonces Perón el que traicionó a la Tendencia? Todavía estamos lejos de resolver estas cuestiones. Habrá que explicitar con qué metodología de análisis de la *verdad* nos vamos a manejar. Porque hay aquí un choque de verdades. O de enunciaciones, digamos al modo de Sigal-Verón (*Perón o muerte*).

LA LEALTAD ES LA ARGAMASA QUE DA COHESIÓN AL MOVIMIENTO

Volvamos a esa frase que Perón larga antes de irse al Paraguay. Cuando advierte que se están armando todo tipo de problemas porque no se resuelve la candidatura que habrá de presentarse en marzo del '73. "El sabe que la última palabra habrá de ser la suya, pero entre tanto, presente *en* el país, siente cómo el piso tiembla bajo los pies de todos porque todos quieren lo que otros quieren. Entiende que tiene que alejarse. Y larga esa frase: *Si Dios bajara todos los días a la Tierra no faltaría en aparecer algún tonto que le faltara el respeto*. Claro, general. Váyase tranquilo. Aquí nosotros arreglamos todo. Le habrán dicho gente como Juan Abal Medina o Cámpora o el Bebe Righi (del que hemos hablado poco, pero al que le entregaremos el papel estelar que le corresponde en el momento en que lo tuvo). Pero esa frase debe ser leída hacia *atrás* y hacia *adelante*. ¿No piensa Dios volver a la Tierra? Sí, está en sus planes. ¿No advierte Dios que tendrá que ser presidente si quiere paz entre sus mortales? Debía sospecharlo gravemente. (Estamos leyendo la frase hacia adelante.) Poner de presidente a Cámpora era la más provisoria de todas las elecciones. Lo dijimos: campeón de la obsecuencia en los '50, campeón de la lealtad en los '70. (Recordemos el folleto de la Libertadora. Su desdeñosa frase sobre la "medalla de la Lealtad". Se daba para fomentar la adulonería y la obsecuencia.) A Cámpora se lo había considerado un obsecuente de Perón y de Evita. También hay una leyenda sobre su falta de hombría. La larga Guillermo Patricio Kelly cuando narra cómo se escapan –luego del golpe del '55– de la prisión en el sur y denuncia a Cámpora como el que más miedo tiene, como un llorón, un flojo. En suma, el aura de Cámpora era la de un obsecuente, la de un miedoso y la un de juerguista amigo de Juancito Duarte, lo cual, es cierto, había sido. Ahí está entonces: como el hombre que Perón pone. Ahora bien, estamos en diciembre de 1972 y no poseemos el difícil arte de adivinar el futuro, tan difícil –para qué negarlo– que nadie lo tiene: ¿para qué, exactamente para qué, lo pone a Cámpora? ¿Para que gobierne? ¿O para que gobierne en tanto lo espera, en tanto Dios otra vez baja a la Tierra? Pero, ¿está entonces Dios dispuesto a bajar a la Tierra todos los días? El primer esquema que se larga dice que no. Que Dios va a unir a América latina. Perón andaba desde hacía un tiempo farfullando nimiedades acerca del *continentalismo*. Bien, nadie se tragaba mucho esa palabra. Se prefería: *unidad de América latina*. Sin embargo, al haber lanzado su célebre apotegma *El año dos mil nos encontrará unidos o dominados* (frase que, si bien anticipó a la globalización neoliberal, se tornó patética cuando llegó el año dos mil, pues el país estaba hecho polvo, desunido, el ultraconservador radical Fernando de la Rúa había asumido en diciembre de 1999 y, en cuanto a la *unidad de América latina*, en abril del 2000, una revista de propiedad del menemista y racista Daniel Hadad, de nombre *La Primera*, publica en tapa una nota sobre *La invasión silenciosa*, que se empecina en demostrar –a lo Goebbels– que la Argentina está siendo invadida por inmigrantes del resto del continente, sobre todo bolivianos, ilustrando la nota con la foto de uno de ellos al que le ha pintado un diente de negro para que "el indeseable", "el invasor silencioso", se vea desdentado y sucio, ¡*en ese nivel estaba la unidad latinoamericana en el año 2000*! Ahora usted retorne al lugar en que este paréntesis se abrió, lea la frase anterior y únala a la que sigue:) que había sido recibida por todos como "otra genialidad del Viejo", Perón quedaba habilitado para sus tareas *continentalistas*. En suma, el esquema que se había armado era: Cámpora al gobierno/ Perón de joda por toda América latina. Nadie se tragaba esto. Por más leal que Cámpora fuera iba a terminar por constituir su propio entorno, su propio grupo y, sobre todo, iba a terminar por ser víctima de aquellas influencias a las cuales era más sensible. Para terror de toda la derecha peronista y del Ejército: la influencia más poderosa sobre Cámpora era la de la Juventud Peronista. El "Tío" era "de los muchachos". Bien, algo podemos tener claro: como el pragmatismo de Perón puede llevarlo a tensar la realidad hasta cualquier extremo, es posible que considere que sigue siendo el tiempo de "las piezas duras". Se viene la campaña electoral. "Vean, señores (habrá dicho en alguna secretísima reunión a vaya uno a saber qué preocupados personajes de la derecha, de cualquier derecha, de todas las derechas, políticas, empresariales, militares), en esta etapa que se abre necesitamos del entusiasmo de los muchachos. Ese entusiasmo ya no se encuentra en los mayores. ¡Natural! Hay una razón biológica que lo explica. La juventud no ha perdido fuerzas, no se ha desgastado. Está fuerte, está llena de esperanzas. Necesitamos de ella en estas elecciones. Cámpora se lleva bien con los muchachos. Pues ¡déjenlos! Harán un buen trabajo.



Luego vendremos los hombres de orden, los responsables, los que estamos más allá de entusiasmos tempranos y sabemos cómo son las cosas y nos haremos cargo del gobierno." O sea, minga de *continentalismo*. Perón ya entreveía que no podría librarse de asumir la responsabilidad del gobierno. En ese caso, ¿correría el riesgo del que buscaba protegerse? Gobernar el país era, para Dios, bajar a la Tierra todos los días. O peor, mucho peor: *era estar en la Tierra todos los días*. Si al "bajar todos los días" corría el riesgo de que algún tonto le faltara el respeto, *¿qué riesgos correría al estar en la Tierra, al vivir en la Tierra*? ¿Cuántos tontos le faltarían el respeto? ¿Alguno, muchos, demasiados? ¿No se corría un riesgo aún peor? Que hubiera, por ejemplo, tontos que no respetaban a Dios pero tontos que sí, que lo respetaban. ¿Qué pasaría entre ellos? No perdamos tiempo, lo sabemos: los tontos que respetaban (o fingían respetar) a Dios dirán que quienes no lo respetan no pertenecen a la religión a cuyo frente está ese Dios y decidirán castigarlos. Primero pedirán el castigo a Dios. Luego, que Dios los autorice a castigarlos. Y empezarán las guerras religiosas. ¿Recurrirá Dios a su habitual y muy redituable (en el pasado) procedimiento de conducción? Dios, recordemos, o el Padre Eterno, no se unía a ninguno de los grupos, quedaba afuera. Seamos precisos: ser el Padre Eterno implica la *exterioridad divina*. Dios no es *inmanente* a la Historia humana. Recién en Hegel –que diviniza la Historia– Dios se transforma en inmanencia. Pero Dios es la pura trascendencia. Esa trascendencia de Dios le permite estar lejos de las pasiones humanas y juzgarlas con su infinita sabiduría. Un líder como Perón, que identifica su figura dentro del movimiento con la de Dios, no puede ser inmanente al movimiento. Debe trascenderlo. Dios está *afuera*. ¿Qué es entonces la lealtad? Es aquello que liga a todos con Dios. La *lealtad* es en el peronismo lo que la *fe* en las religiones. Al tener fe en Dios se aceptan sus designios, estemos o no de acuerdo con ellos, nos hagan gozar o nos hagan sufrir, los consideremos justos o injustos. La *lealtad* funciona del mismo modo. *Todos* tienen que ser leales al conductor. El conductor, en exterioridad, otorga unión, armonía a un movimiento en sí mismo caótico. La *lealtad* es la argamasa que estructura al movimiento, que lo torna *uno*. Voy a citar el gran texto que Perón desarrolla en *Conducción política.* Porque expresa lo que se dañó en Ezeiza. Lo que se quebró.

FILOSOFÍA DEL "PADRE ETERNO"

En la 4ta. clase, del 12 de abril de 1951, explicita la teoría del *Padre eterno*: "Yo mando en conjunto, pero no en detalle (...) Yo, que conduzco desde aquí (en 1951 'desde aquí' es 'desde el gobierno', de 1955 a Ezeiza 'desde aquí' será desde el extranjero; como sea, el 'desde aquí' del gobierno expresa, para Perón, su lugar *externo* a las pasiones del movimiento, J. P. F.), no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': *los tengo que arreglar a los dos*. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan. No puedo darle la razón a ninguno de los dos, aunque vea que, evidentemente, alguno de los dos la tiene. Eso sería embanderarme, y si yo me embandero el arreglo se hace más dificultoso. Más bien los llamo, converso con ellos, y les digo: 'Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto'. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar.

'Por eso, en mi función de conductor superior, si me embanderase, *pasaría a meterme en la conducción táctica del lugar donde no es mi esfera de acción.* Perjudicaría los intereses locales, ahondaría el problema, intervendría en lo que no es objeto de mi conducción, y al abstraerme en ese programa, abandonaría la conducción de conjunto y estaría mal conducido lo estratégico y mal conducido lo táctico. Y esa no es la función del que conduce desde arriba'" (cursivas mías, J. P. F.).

Esto le funcionó durante toda su primera larga experiencia de gobierno. ¿Qué pasó? ¿Por qué no hubo conflictos internos? Podemos mencionar el caso de Cipriano Reyes y la defensa de la autonomía del Partido Laborista. Y, más en profundidad, sigo creyendo que el mayor problema de conducción que el Padre Eterno tuvo durante su etapa inicial fue el de su principal cuadro auxiliar de conducción: Evita. La que lo cuestionó, la que le exigió ir más a fondo, la que le pidió la vicepresidencia y no la consiguió, la que le disputó más que seriamente el amor del pueblo, la que tenía con los sindicatos una relación mejor que la suya, la que negoció con el príncipe Bernardo de Holanda –con el objetivo de formar milicias populares– 500 ametralladoras y 1500 pistolas que Perón, aprovechando su enfermedad, derivó al arsenal Esteban de Luca (foco rebelde del '55 que utilizó contra él esas armas), la que lo elogió hasta el agobio para apretarlo, la que le dijo que era Dios, el Sol, que no alcanzaría todo el bronce del mundo para hacer su estatua para exigirlo, la que le pidió, inútilmente, que fusilara a Menéndez, la que lo habría reventado a patadas o le habría pegado tres tiros antes de permitir que se rajara en la cañonera, ésa fue Evita. (*Nota*: Se me puede hacer la siguiente objeción: estoy delineando una Evita Jotapé para justificar que ella, en los '50, fue la que se le enfrentó, tal como, en los

’70, lo hicieron los Montoneros. Sería trasladar a la Evita del primer gobierno la Evita montonera de los rebeldes del tercero. Al hacerla montonera resulta fácil demostrar que ella fue su cuadro rebelde. Admitiría este reproche. Me permitiré decir que no creo en él. Yo no creo como dice Halperin Donghi que dijo Delia Parodi: “Pero miren que la señora no era así”. No, claro: la señora era la boluda del retrato de Manteola que ilustra *La razón de mi vida.* Creo que tampoco era la Evita vociferante que creó Carpani en los ’70. Creo que era ella. La del rodete, la del traje sastre, la de la furia por el cáncer, la quemada por la militancia, la que odió ferozmente a sus enemigos. La de *Mi mensaje*. El ala plebeya, no pulida, frontal, brutal, violenta y trágica del primer peronismo. Fue mujer, tuvo enemigos demasiado poderosos (el Ejército –leales y gorilas–, la oligarquía, la Iglesia y Perón, que cada vez la controlaba menos), estuvo sola –el pueblo al que tanto ayudó no sabía combatir ni ella se lo había pedido aún– y tuvo la suerte más cruel, la peor. La muerte lenta, dolorosa, la que deja solo a quien la padece porque tanto dolor no puede compartirse ni ser comprendido. También es cierto que murió joven. Que sabemos qué fue, pero no qué habría sido. Guevara, James Dean, Marilyn, Mozart, Schubert, Gershwin quedan como lo que fueron. No los corroe el paso del tiempo. No los deshilacha la decadencia. La vejez. O las concesiones. Riesgos que corren los que siguen vivos. Riesgos a los que no estaban por qué estar condenados. Pudieron haber muerto ancianos y con tanta gloria como tuvieron al morir jóvenes.) El otro desobediente fue también un Duarte, el pobre Juancito. Protegido por su hermana, no dejó actriz que no pasara por su cama y se robó todo lo que pudo. Le decían Jabón Lux: “Lo usan 9 de cada 10 estrellas de cine”. Cámpora era su amigo. Entre otros. Cuando muere Eva se supera a sí mismo y entrega un cuadro insólito de dolor. Un estallido metafísico. Empieza a gritar: “¡No hay Dios! ¡No hay Dios!”. Al año siguiente, Perón lo entrega a las fieras. Acepta las denuncias que pesan sobre él por corrupción. Juancito se suicida. Bien, volvamos a nuestro punto.

¿POR QUÉ LA TENDENCIA QUIEBRA LA LEY DE LA LEALTAD?

No tiene problemas de conducción el Padre Eterno durante su larga primera experiencia de gobierno. Perón es el conductor y ser leal a Perón es el valor esencial del movimiento. No hay organización posible sin lealtad al conductor. Se trata de un conductor cuyo poder está justificado porque ha sido el *creador* del Movimiento que conduce. A partir de 1943, Perón crea al peronismo. Encuentra al sujeto de esa creación: los migrantes internos despreciados, ignorados o no vistos por los otros actores políticos de la coyuntura. Y con ellos se lanza a la tarea de crear el movimiento peronista. Su valor cohesionante es la lealtad. Perón la crea hasta a Evita. Al único que no crea y utiliza en su beneficio es al Partido Laborista. De aquí que el dirigente que conducía ese partido sea uno de los pocos que se le enfrenta con tenacidad. (Otros, como Domingo Mercante, se dejaron aislar fácilmente.) Pero no el tozudo obrero Cipriano Reyes. Hay, alrededor de su neutralización, una leyenda negra. Acaso sea verdad por la utilización que la Libertadora hizo de ella y a la que Reyes se prestó. Según parece, muy disgustado con el rebelde Cipriano, Perón se lo habría entregado a lo peor de su policía. Estamos, aquí, ante el perfecto ejemplo de alguien que paga muy cara su falta de lealtad. Cipriano no quiere que el Partido Laborista se transforme en Partido Peronista. Asesorado por Murmis y Portantiero, sabía que si la organización política de los trabajadores pasaba a integrarse al aparato del Estado peronista habría de perder su autonomía y, con ella, habrían de perderla los obreros. Este pasaje de la autonomía a la heteronomía se da justamente con la transformación del Partido Laborista en Partido Peronista. Mal podía permitirla Cipriano, obrero de ley, hombre valiente. (No asesorado por Murmis y Portantiero, sino al contrario: son éstos los que encuentran en la experiencia de Reyes y el laborismo criollo la realización de la heteronomía histórica de la clase obrera peronista.) Perón pierde la paciencia y hace tronar el escarmiento. Cuenta la leyenda que a Reyes lo torturan, lo picanean y algo más: le cortan su “apéndice viril”. Me siento un poco idiota utilizando ese eufemismo. Hay otros nombres mejores. Por ejemplo: en una de sus tantas buenas novelas, *El Farmer*, Andrés Rivera usa: *verga*. Algunos –Enrique Medina en un viejo texto llamado, creo, *El Duke*– utiliza *La vergüenza*. “Exigió que le mostrara la vergüenza.” Nombre discutible, dado que para muchos el célebre apéndice viril, en lugar de ser “la vergüenza”, es el orgullo. El orgullo surge cuando el “apéndice” traspasa esos anhelados pero no siempre o raramente asequibles 20 centímetros. Otros utilizan *miembro viril*. Hay, en rigor, muchos modos de llamar al célebre “apéndice viril”. Me propongo utilizar el nombre que todos usan. Pues la mayoría de las personas para hablar del “apéndice viril”, de la “verga”, de la “vergüenza” o del “miembro viril” utiliza la palabra “pija”, que es breve y a nadie confunde. Bien, parece que fue eso lo que la policía peronista le cortó a Cipriano Reyes. El hombre no tuvo grandeza para sobrellevar tamaña desgracia, o esa desgracia de tamaño. La Libertadora enviaba a Cipriano a las fábricas a hablarles a los obreros. El sindicalista se bajaba los pantalones y les mostraba a sus compañeros lo que el “tirano depuesto” le había hecho. Nada menos que cortarle eso, la pija. Es de imaginar que la visión de semejante espectáculo –pesadilla atroz de todo hombre– habrá transformado a los obreros peronistas que alcanzaron a verlo (acaso Cipriano no llegó a visitar todas las fábricas o todos los barrios) en entusiastas adherentes del Plan Prebisch. Volvió a reaparecer siempre que hizo falta tirarle basura encima a Perón. Hasta lo reflotaron para las elecciones del ’83. En la revista *Superhumor* –que jugaba claramente a favor de Alfonsín– salió una nota titulada “La picana no la usó sólo el Proceso”. ¡Ah, Enrique Vázquez, las cosas que has hecho por Alfonsín! Ahí me fui de la revista. Era inaceptable poner en una misma dimensión al peronismo con el Proceso. Perón –como Uriburu, como Justo, como Aramburu, como todos– usó la picana, pero tuvo un solo muerto: el doctor Ingalinella, médico comunista, barbáricamente asesinado por la policía de Rosario. No tuvo 30.000. Pero Cipriano paga cara su rebeldía. Su falta de lealtad. Luego le entregó su lealtad a la Libertadora (ese gobierno laborista, bajo el cual la clase obrera no fue heterónoma, fue, sin más, la principal enemiga del régimen) recorriendo las fábricas y mostrando que si uno no era leal a Perón..., Perón le cortaba la pija.

Nada que ver con esto la Juventud Peronista. *No fue una creación de Perón*. Existía como una pequeña estructura del movimiento. Pero la apabullante masividad juvenil que se vuelca al peronismo a partir de –pongamos– 1969 *no es creación de Perón*. Esto debilita el vínculo de la lealtad. Perón no crea a la guerrilla, ni a las Cátedras Nacionales, ni a las organizaciones juveniles de superficie. *Es un fenómeno ajeno al genio creativo de Perón.* Perón lo recibe agradecido y se dispone a conducirlo, ya que los nuevos protagonistas lo aceptan como su líder. Lo quieren, pero él no los inventó. Podría, incluso, decirse que ellos lo inventan a Perón. O se inventan al Perón que necesitan. Hemos visto esto. Se trata de un hecho inédito en el peronismo. Esta creación desde sí que define a la izquierda peronista es la que la lleva a incurrir más fácilmente en la deslealtad. También su orgullo. Alimentado por la edad de Perón. “El Viejo mucho no puede durar. Necesita una organización revolucionaria de reemplazo. Y esos somos nosotros.” Esto se decía en un mamotreto fotocopiado en papel Xerox de la época. Tal vez esto lo tornara más imponente. No apareció más. Ni Baschetti lo pudo encontrar. Pero fue muy leído. No llegó, ni por asomo, a manos de todos. Pero se discutió en todas partes y era, en lo esencial, fruto de las charlas políticas que Firmenich –entre enero y abril o mayo del ’73– había dado en las Unidades Básicas de la JP. Se le llamó: *La Biblia*. Hacia fines de año parece que hubo otra. No me consta. Yo tuve la del ’73, la que se largó poco antes de la llegada de Cámpora al gobierno. Era un mamotreto de insensateces. Era la lealtad, no al peronismo, sino al disparate. A la torpeza política. A los más elementales conocimientos acerca de una tarea en verdad importante. Que tuvo, para colmo, picos muy altos en Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Locke hasta, pongamos, Carl Schmitt y Leo Strauss. Eran, sí, las charlas de Firmenich. La línea que bajaba en las Unidades Básicas de los jóvenes militantes de la Tendencia, muchos de los que sabrían más de política que él. Manejaba un marxismo tosco. Apelaba un poco a Giap. Otro poco al Che. Un poco menos a Debray. Todavía menos a Marighella. Como si la semana anterior Prieto le hubiese “tirado” algunas líneas. Puedo jurarlo, lo que decía la militancia era exactamente eso: “Y, el Negro Prieto le habrá tirado algunas ideas y se las arregla así”. Para colmo, a quien más apelaba era a él, al infalible, a Firmenich, el conductor de la vanguardia revolucionaria en América latina. “La Biblia” escasamente se acercaba al peronismo. El concepto de socialismo nacional no era siquiera trabajado. Todo era de una tosquedad aplanadora. La idea central, no obstante, surgía clara: *Perón está viejo, necesita una organización revolucionaria que lo reemplace*. De ahí surge el Conducción/ Conducción/ Montoneros y Perón. Que, como muchos hicieron siempre notar, las desdichas de “la rima” obligaron al sinceramiento. Es decir, a poner a Montoneros antes que a Perón. Quien, en efecto, se refirió al mamotreto y dijo: “Hemos estado leyendo algunas cosas que pretenden ser pasadas como justicialismo. De justicialismo no tienen nada”. Ese “hemos estado leyendo” es sugerente y transparenta cierta inocultable realidad: el que le llevó el material a Perón fue López a través de sus servicios. El que se lo leyó, también él, casi seguro. O seguro.

¿Quién, en los ’50, se habría atrevido a elaborar una doctrina paralela a la peronista? ¿Quién, a pretender compartir con el líder la conducción del Movimiento? Todo estaba listo para el quiebre de la lealtad. Cámpora es el puente entre Perón y los Montoneros. El es leal a Perón y los Montoneros son leales a él. O se esconden detrás de su persona. Cámpora cuando –en medio de los escándalos que se armarán muy pronto en Madrid– le dice a Perón: “Yo soy Presidente por usted y por la Juventud” le está diciendo que, en él, se unen todas las lealtades. La suya a Perón y la de los jóvenes a él. Por donde –como vemos– empieza a asomar *el quiebre de la lealtad en Cámpora*. La lealtad camporista es a dos puntas: a) lealtad a Perón; b) lealtad a la juventud peronista. Porque la Jotapé lo entendió: su hombre no es el Padre Eterno. Es el Tío Transitorio. Pues Cámpora será “Tío” en tanto el “Padre” viva. Algo que todos ponen seriamente en duda. “Yo, general”, dice Cámpora, “soy su leal servidor. Pero le aseguro que sus verdaderos y leales soldados son los muchachos”. Por eso es leal a ellos y ellos le son leales a él. De pronto, Cámpora pasa a ser el depositario de la lealtad de las multitudes juveniles. El Padre tiene la jefatura. El Tío tiene lo mejor de las bases. Los que se disponen a respaldarlo a muerte en la campaña electoral.

Cuando se llegue al gobierno vendrá la gran disputa. La que estalla en Ezeiza. Ahí son demasiadas las líneas. Demasiados los que se enfrentan y con la máxima furia. ¿Podrán funcionar los poderes del Padre Eterno? Recordemos lo que Perón dice en *Conducción política*: “(Yo) no estoy con nadie; ¡estoy con todos! Por esa razón no puedo estar con ningún bando ni ningún partido. Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el ‘Padre Eterno’: *los tengo que arreglar a los dos*. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mí solamente me interesa que no se dividan”. Algo ha cambiado muy seriamente en 1973. Imaginemos esta escena: pocos días después de Ezeiza, Perón reúne en una larga mesa rectangular a (de un lado) Osinde, Norma Kennedy, López Rega y Alberto Brito Lima y del otro a Firmenich, Galimberti, Dante Gullo y Dardo Cabo. El se sienta en la cabecera. Sonríe ampliamente y, en el mejor estilo del *Manual de conducción* de los años ’50, les dice: “Déjense de macanas, ¡qué van a seguir discutiendo! Pónganse de acuerdo y arreglen el conflicto. Y cuando nos arreglemos y nos pongamos de acuerdo, no hay problema entre nosotros que no se pueda solucionar”. Difícil que hubiera funcionado.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Deleuze y Perón: la violencia, en el peronismo, es el triunfo del rizoma por sobre la lealtad arborescente